

Quando mi carne yerta y macerada

Desnudo hacia Ti voy, Dios de los Cielos;
atrás, quedo mi oro y vanidad
lastre terreno,
y vuelo con las alas del espíritu
a tu mansión sagrada, mi Dios bueno.

¡Oh, noche plateada de mis sueños
cuando el ansia de ser, era el beleño,
de mi ambición dorada!

¡Oh inmaculada noche con luceros
refulgentes cual corazón piadoso;
oh, bello despertar, dulce y dichoso,
de un sueño que murió con la alborada!

Cuando mi carne yerta y macerada
habite con unción la sepultura
soltaré de la cárcel, con premura,
el ave que anidó en mí, desolada.

Quiero vivir feliz como las flores,
perfumando el jardín de mis amores:

Por eso, como pluma leve al viento
hacia Ti, padre eterno, pilotando
mis caras ilusiones, voy bogando,
en lucha con los duros elementos.

J. RAMOS APARICIO



Voces y expresiones viciosas

Estridencia

CUANDO el «vulgum pecus» adopta una palabreja ya puede tirarse el látigo, aunque sea el mismísimo Cavia quien lo maneje. El número ha sido siempre el principal enemigo de la razón. ¡Quién lo diría, dado el estrechísimo vínculo que existe entre uno y otra! Pero así es, y si alguien lo duda ahí está, en apoyo de mi afirmación, el vocablo objeto de este palique.

Estridencia—término ideológicamente sonoro—suena en todos los labios; y peor aún, sale de todas las plumas, por doctas que sean, con el mismo desenfado que si hubiese servido de modo de expresión a Cervantes, Lope y Quevedo. El vulgo, la mesocracia de la cultura, e incluso el ultra alfabetismo literario, como veremos después, prohija a cada paso tan ruidoso sustantivo, importándoles un ardite cuantas razones alegase en contra suya—del terminaje—el escritor aragonés.

Quizá no fueran concluyentes todos los argumentos empleados por Cavia para desterrar del idioma dicha voz, pero uno solo bastaría: que ningún autor de verdadera solvencia la usó, y sí en cambio estridor, su castizo equivalente.

Sacar estridencia de estridente, existiendo el sustantivo estridor, observaba «Un chico del Instituto», sería lo mismo que si «de lo caliente, lo ferviente y lo oliente inventásemos ahora la *calencia*, la *fervencia* y la *olencia*, dando al diablo el calor, el fervor y el olor» (1).

No es por ahí, a mi modesto juicio, ni por el molde catalán que se atribuye a la palabreja citada, por donde puede llegarse a proclamar con éxito su improcedencia, pues dolor, dolencia y doliente; influjo, influencia e influyente; saber, sapiencia y sapiente;

(1) *Limpia y fija...* (Madrid, 1922) pág. 123.